

Perplejidad ante las vocaciones

Investigación cualitativa desde las diócesis de Bilbao

Jesús Sánchez Maus e Izaskun Sáez de la Fuente Aldama*

Sin lugar a dudas, la pastoral vocacional se ha convertido en una de las principales preocupaciones de la Iglesia Católica en el último tramo del siglo pasado y lo seguirá siendo en los próximos años. Perplejidad es un término que permite hacer visibles las sensaciones que nos han invadido durante el proceso de elaboración del trabajo que vamos a presentar. Porque nos ha resultado difícil encontrar claridad no sólo en el sujeto que mira sino también en el propio sujeto/destinatario de la vocación. Entre otras cuestiones, se advierten serias dificultades para definir las identidades vocacionales, sus campos de influencia y los elementos y/o itinerarios que garantizan planteamientos de carácter vocacional.

La propuesta de análisis inicial –respondiendo a una demanda concreta del Seminario Diocesano– tenía como pretensión que el Departamento de Investigación del Instituto Diocesano de Teología y Pastoral abordase específicamente las resistencias y posibilidades de la vocación al ministerio ordenado circunscritas a la diócesis de Bilbao. Sin embargo, ha re-

sultado infructuosa llevarla a cabo en esa perspectiva tan particular, básicamente por tres razones:

1. Cualquiera de las vocaciones reconocidas como de “*especial consagración*” (ordenados, religiosas y religiosos) comparten aspectos de la propuesta (obediencia, castidad/celibato, austeridad/pobreza) que hace que tiendan a equipararse en su proyección social.

2. Dada esa similitud, en el momento actual, caracterizado por una religiosidad difusa y el alejamiento de la institución eclesial, es aún más difícil reconocerlas de modo diferenciado para quienes no estén iniciados en su contenido teológico o pastoral.

3. Finalmente y quizá como consecuencia de ello, los propios informantes no han podido ofrecernos elementos suficientemente distintivos para realizar la tarea de discriminación requerida.

Todo ello hace que el tratamiento realizado se presente como versátil, aplicable en numerosos casos tanto a la vocación al ministerio presbiteral como a la vida religiosa. Y, dada la coyuntura actual de la Iglesia, podemos

* Instituto Diocesano de Teología y Pastoral (IDTP) de Bilbao .

hasta pensar que lo que decimos incide en la misma vocación cristiana, desplegada en su triple comprensión tradicional: laica, religiosa y ministerial. Por otro lado, el estudio se localiza en nuestra Iglesia local y tiene un carácter sincrónico, aunque la convicción de que nos encontramos en un proceso de largo alcance requiere tener en cuenta los factores históricos, culturales, políticos, religiosos y eclesiales, a los que aludimos específicamente en el libro resultante de este trabajo de investigación.

I. ¿PARA QUÉ Y CÓMO SELECCIONAMOS A L@S INFORMANTES?

La preocupación por las vocaciones ha generado estudios sociológicos diversos y a menudo tremendamente coincidentes en sus conclusiones. La mayoría se han llevado de acuerdo a la técnica del sondeo con muestras estadísticamente representativas. Sin obviarlos, nos parecen insuficientes a efectos de comprender los medios a través de los cuales las personas crean y recrean cotidianamente un mundo significativo para ellas y para las demás en un determinado contexto. Ésta es la razón por la que la recogida de datos de nuestro trabajo de campo se ha realizado desde historias individuales de vida y a partir de discusiones en grupos de distintas edades (padres, mayores de 25 y menores de 25 años).

La búsqueda de las personas que se han prestado a las entrevistas se ha llevado a cabo entre aquellas que tienen relación con el ámbito eclesial, porque estamos tratando de una dimensión que surge a partir del hecho de ser cristiano. Las y los narradores pertenecen a subculturas específicas:

tienen en su imaginario un modelo de institución eclesial democrático, no jerárquico y corresponsable, subrayan las posibilidades que el compromiso social les da para vivir su fe y, en numerosas ocasiones, tienen detrás el esquema de los movimientos apostólicos. Existe distancia y rupturas intergeneracionales, pero también diferencias intrageneracionales y matices respecto a qué se considera religioso en cada caso.

Entrevistamos a mujeres y a hombres, si bien el peso específico de las primeras es mayor en el grupo de padres que en los de los jóvenes. En este último caso, la presencia de mujeres –teniendo en cuenta que, en principio, estábamos investigando un tipo de vocación que les está vedada– tiene un doble objeto: a) clarificar si en la vida cotidiana existe una percepción de la idiosincrasia de la identidad presbiteral en el marco general de las opciones a la vida consagrada; y b) analizar en qué medida la situación de las mujeres en la Iglesia se incluye en el debate como anomalía estructural que puede obstaculizar planteamientos vocacionales. En las edades, se advierte que la de los padres oscila mayoritariamente entre los 46 y los 55 años –por lo tanto, pertenecerían a la generación adulta– y que los jóvenes se sitúan entre los 26 y los 35 años, teniendo en cuenta que al buscar informantes seminaristas, novicias y monjas, no encontramos en edades inferiores.

Si el análisis se hubiera efectuado hace una década quizás no habría que pensar en otro dato, hoy cada vez más verosímil, cual es la decadencia del modelo descrito (grupos y compromiso transformador) en las nuevas generaciones. Paralelamente, está emergiendo otra subcultura, fruto de

las transformaciones del hecho religioso. Frente a la quiebra de lo existente, a la desintegración de la autoridad y a la incertidumbre estructural, acontece el reagrupamiento en torno a valores perdidos, no sólo por la vía fundamentalista o neointegrista sino por la de aquellos modelos que, haciendo uso de la religiosidad popular, potencian la dimensión emocional y afectiva del contacto con lo sagrado con la duda de que ello signifique auténticas experiencias de fe.

Los resultados de los relatos nos han llevado a reflexionar desde tres claves: a) lo que tiene una relación directa con *el ambiente cultural* actual e incide necesariamente en que puedan surgir nuevas vocaciones; b) *las personas que ostentan pública y privadamente la representación de la vivencia vocacional* (consagrados/as), porque la imagen del ejercicio de su ministerio o consagración juega una función significativa como factor desencadenante u obstaculizador de posibles desarrollos vocacionales; y c) *la propia institución eclesial* en la medida en que es no sólo un espacio comunitario de referencia para los creyentes, sino un productor de imaginarios que han de ser validados con la adhesión personal en la vida cotidiana. Seguidamente, ofrecemos un resumen de algunas de las principales conclusiones.

II. EL ROL DEL AMBIENTE CULTURAL

- ***Recuperar y potenciar la experiencia de lo cercano: significación del grupo y del compromiso***

La significación del grupo enlaza con el cambio que se ha producido de la premodernidad a la postmoderni-

dad. A una persona de 50 años lo que le importa es saber que alguien comparte un referente con él, sea de carácter ético o religioso. Para un joven, no vale con que digas que compartes *no se qué* sino que él requiere tu proximidad, tu presencia y tu cercanía. Los jóvenes que están próximos se autoidentifican y se sienten referenciados unos por otros, pero no con el resto aunque pertenezcan a la misma parroquia y sigan siendo jóvenes. Esta nueva fisonomía comunitaria tiene posibilidades, pero no se deben olvidar los consabidos riesgos de cualquier grupo reducido de convertirse en excesivamente intimista y endogámico y de ser utilizado con carácter profiláctico ante la necesidad de seguridades y certezas.

Sociológicamente, nos encontramos con una minoría que se compromete en distintos ámbitos y una mayoría sin compromiso alguno. La plurimilitancia, al margen de su intensidad y coherencia, guarda correspondencia con un escenario identificado por la diversidad y fragmentación de referentes y ámbitos de pertenencia. El compromiso es vivido a menudo como un ejercicio de autocomplacencia, lo fundamental es la satisfacción experimentada por hacer algo que "me deja bien" o "me hace sentirme bien". Hasta el grupo de entrevistados de menos de 25 años, y no sólo los adultos, llama la atención sobre el rechazo por parte de los nuevos jóvenes hacia aquello que supone esfuerzo y perseverancia. Tienen la impresión de que la gente, si se compromete, lo circunscribe a un límite temporal y que la militancia no afecta al conjunto de su vida, sólo a algunas parcelas de su identidad, "porque (...) el compromiso asusta, el compromiso largo, preferente, que al final, condicione toda

tu vida, asusta mucho (...)" (*Entrevistas en grupo nº 3*: 45, párrafo 1º y 4º).

Además, la inclinación de los jóvenes actuales a la *tribalización* y su escasa preparación para el silencio y la interiorización en una sociedad dominada por el ruido invitan a repensar la dificultad ante los proyectos vocacionales en los que hay que asumir un grado significativo de "soledad". A esta percepción se añade la distancia generacional y de estilos de vida que manifestaban algunas de las personas vocacionadas con relación a sus propias instituciones. Más allá del hecho de sentirse solos en el plano afectivo, para muchos vocacionados el problema de la soledad se relaciona también con el sentimiento de verse desasistidos y desamparados en el ejercicio de su rol o ministerio y más concretamente en el momento de ejecutar la toma de decisiones en las comunidades de su responsabilidad o encomienda. Por todo ello, habría que clarificar hasta qué punto y en qué grado en el tema de la soledad se entremezclan otros aspectos como el malestar institucional, el relacional o la misma dificultad personal para asumir decisiones o mantenerlas ante contrariedades de diverso tipo.

▪ ***Autonomía personal en la discontinuidad del espacio y del tiempo***

Los relatos biográficos han puesto de relieve la incidencia de valores como "el instante" y "la movilidad" en un marco discontinuo y provisional. Estas circunstancias también cuestionan el "compromiso para toda la vida", incluso en quienes ya están consagrados a un proyecto vocacional, e interfieren igualmente en los contenidos de

la fe. Se puede ser cristiano o cristiana y también compartir e identificarse en algo o en mucho con otras identidades religiosas. Lo que se ha llamado la "religión a la carta". Sin que ello sea sentido como traición a unos ideales ni como ruptura, ni siquiera como algo contradictorio, mucho menos ilógico. En cualquier caso, la autonomía personal, como reivindicación de la propia libertad, constituye la clave para comprender, discernir y tomar decisiones. No es lo que me digan ni quien me lo diga, sino lo que yo veo o creo que he de hacer. Esa guía, que se erige en criterio del proceso de personalización, está inevitablemente dotada de una importante carga de afectividad. La argumentación racional prevalecía en el ámbito cultural de la modernidad, pero, en el tiempo del dominio de la subjetividad, se vuelve insuficiente si no hay una experiencia personal que la acompañe.

▪ ***Atender a la experiencia interior: la revalorización de lo corporal bajo el prisma de la subjetividad humana***

La trascendencia de la experiencia personal nos invita a una atención mayor a la subjetividad humana. Tan dejada en tiempos pasados quizás por la sobredimensión del carácter funcional de la institución eclesial o por el desarrollo excesivo de la burocracia eclesiástica o por la preeminencia de la norma positiva sobre otros aspectos y dimensiones relacionados con la vida de la fe o por la mezcla de todo ello. Es una tarea que la interpelación vocacional no puede pasar por alto sin incurrir en una inaceptable dejación. Porque en el descubrimiento de nuestras potencialidades interiores, en el camino que va de lo psicológico a lo

espiritual, podemos encontrarnos con llamadas y responder a ellas.

Mientras que para la cultura actual, la revalorización del cuerpo se inscribe en el contexto más amplio de una progresión de la libertad humana, la institución eclesial sigue empeñada en resaltar lo negativo de ese avance. Lo que paraliza cualquier diálogo sereno y razonable, también desde el punto de vista teológico, de la exigencia del celibato para el sacerdocio ministerial en la Iglesia Católica. Entre los/las entrevistados/as domina la percepción de que el celibato es, sobre todo, una cuestión disciplinaria y, por tanto, histórica, una construcción de la realidad que no es esencial a la estructura del planteamiento vocacional –al menos en el caso del presbiterado.

III. EL ROL DE LAS PERSONAS REPRESENTATIVAS DE LA INSTITUCIÓN

▪ **Importancia del testimonio cercano. Referentes de liderazgo**

L@s jóvenes –especialmente por debajo de los 25 años– tienen menos posibilidades de relación con presbíteros y monjas que sus mayores y más con laic@s que lideran actividades pastorales. En una cultura que tanto aprecia la propia experiencia, se agradece tener la oportunidad de conocer a las personas que encarnan tales proyectos de vida. Precisamente, la significativa presencia del laicado induce a una toma de conciencia que rebate su posición en la estructura eclesial, en tanto que se enjuicia como supeditación inadecuada a la jerarquía y más concretamente a los curas de cada lugar.

En varias de las historias de vida denotamos que las influencias proce-

den de curas, frailes o monjas jóvenes o de mediana edad, especialmente dinámicos y comprometidos con su entorno. Pero no se puede decir que las personas que representan formas de vida religiosa producen de entrada rechazo si son mayores y buena acogida si son jóvenes. Lo que nos debemos preguntar es qué imaginarios transmiten unos y otros testimonios, qué les atrae de unos y de otros y cómo, hasta qué punto condicionan el perfil de los consagrados. Aunque, insistimos, ni siquiera tener una buena imagen de personas representativas de la institución es una panacea para hacerse interrogantes vocacionales.

▪ **Devaluación de la imagen de los curas y religiosos/as**

Son diversas las causas que han llevado a la desvalorización social de las figuras que encarnan la vocación consagrada. El cambio de valores, la centralidad de la sociedad del bienestar, la difuminación de las grandes utopías, el devenir de la historia reciente, la pérdida de raigambre religiosa, los cambios de parámetros de la trasmisión de la fe, etcétera. A lo que hemos de sumar sin lugar a dudas la situación de entredicho y desafección de la institución, que arrastra a quienes la representan y se encuentran más identificados con ella.

Una cierta sensación de desconcierto se apodera de los entrevistados, cuando se les pide que indiquen en qué consiste lo específico de ser presbítero. Las respuestas no arrojan suficiente claridad. Esta cuestión aparece incluso verbalizada cuando se enuncia y describe la figura del “cura laico”. Sugiere, por los menos, una dudosa identidad que consignamos como dificultad para la vocación, tan-

to presbiteral como religiosa. Numerosas órdenes trabajan en la sanidad, en la enseñanza, etcétera, sin tener tiempo para su propio carisma, lo cual lleva a no saber, por ejemplo, si "es una monja profesora" o "una profesora que es monja". Frente a semejante situación, hay quienes alimentan la polémica al incidir en la necesidad de fomentar identidades claras para proyectarlas con nitidez.

Por otro lado, en familiares y amigos de vocacionados, incluso entre quienes mantienen cierta autoidentificación eclesial, domina la sensación de que ser cura –y también religioso o religiosa– presupone ir a contracorriente de lo que marca el contexto sociocultural, serias renunciaciones en el plano sicoafectivo que derivan en una sensación de soledad y dificultades para la libertad y la autorrealización personal en una estructura definida por la disciplina y la obediencia. Los consagrados son conscientes de las dificultades cuando tienen que reconocer su condición ante determinadas personas, los miembros de su cuadrilla, por ejemplo. Les provoca miedo y hasta vergüenza, pero sortean el problema como pueden recurriendo a argumentos como los de la libertad de elección, el hecho de que en este momento se encuentren a gusto y una relativización de su propia vocación en el tiempo, que encaja a la perfección con el clima ya descrito donde no existe el camino sin retorno: "esto no tiene por qué ser para siempre".

▪ **La visibilidad de los presbíteros y consagrados. La alternativa de un cristianismo confesante**

Los testimonios de los relatos biográficos evidencian que poco a

poco las personas con vocación religiosa o sacerdotal se han vuelto en cierta manera invisibles, sobre todo en comparación con los momentos álgidos de abundancia en número y en presencia social. Esto, que sucede en el ámbito pastoral, es aún más notorio cuando se analiza su participación en el espacio público. En el fondo, late el hecho de que dentro de la Iglesia seguimos funcionando con el esquema de cristiandad, cuando el problema de la Iglesia no es ser muchos, sino ser significativos. A tal fin, es imprescindible buscar el equilibrio entre un "cristianismo vergonzante" y privatizado, que lleva a sus protagonistas a no pronunciarse públicamente sobre cuestiones políticas, sociales e incluso religiosas más allá de los entornos eclesiales, es decir, a no entrar en el debate público racionalmente argumentado, y un "cristianismo beligerante", que tiende a manifestarse "ex cátedra" con respuestas cerradas y monológicas respecto a cualquier interrogante. Entre una posición y otra, abogamos por la línea de un "cristianismo confesante" que, reconociendo los límites que impone la sociedad plural, diversa y democrática, no se avergüenza de su identidad creyente ni de los valores que prodiga y defiende ni de los perfiles que su presencia genera en la sociedad.

▪ **Significado y alcance del acompañamiento**

El acompañamiento, y así se pronuncian explícitamente algunas de las personas entrevistadas, es el ejercicio de una valiosa mediación eclesial en este contexto de revalorización de lo cercano, afectivo y personal, por un lado, y de aversión institucional, por otro. El hecho de tener alguien que es-

cucha, que acoge incondicionalmente lo que se le sugiere, que orienta desde la libertad y que comprende lo que acontece en el interior de dicho sujeto es percibido como una oportunidad de encontrarse con convicciones serias y profundas y de llevarlas a la práctica. No obstante, en nuestra diócesis, el acompañamiento continúa provocando polémica en su planteamiento teórico y en su aplicación práctica en la tarea pastoral cotidiana no sólo de los presbíteros, sino también de cualquiera de los agentes que en nuestras comunidades tienen encomiendas similares. Creemos que se trata de una cuestión a debatir por su trascendencia para las identidades creyentes y sus respectivos itinerarios vocacionales.

IV. EL ROL DE LA INSTITUCIÓN ECLESIAL

▪ ***Recomponer la imagen pública de la Iglesia***

En parte debido a la dejación de la propia institución, su imagen está perfilada por dos tipos de versiones. En primer lugar, la de la institución que organiza y lleva a cabo grandes eventos centrados en ritos litúrgicos, teniendo a menudo como eje la figura del Papa, de manera que se incide en una imagen caracterizada por las adhesiones multitudinarias y la fuerza de la persuasión mediática; lo importante es "aparentar", sobre todo cuando el cómputo de sus seguidores apunta en sentido contrario a lo que se muestra. En segundo lugar, la Iglesia, por un lado, se constituye en centro de provocaciones al introducirse públicamente en el tratamiento moral de temas relacionados con la sexualidad, las mujeres, etcétera (de escasa aceptación y menor seguimiento) y,

por otro, resulta motivo de escándalo al conocerse que tiende a ocultar los pecados de sus presbíteros, que se resiste a condenarlos y se proyecta como incoherente evangélicamente.

Incluso para los de dentro, la imagen eclesial exige transformaciones que no pueden quedar ingenuamente en manos de los productores de la opinión pública. Sugerencia que afecta directamente a puntales de su magisterio, pero también al lenguaje empleado y a sus modos de actuación en relación sobre todo a determinados temas candentes hoy en el espacio público como es el celibato, la discriminación de las mujeres en la Iglesia, la noción de pecado y la sujeción al dogma y la dependencia jerárquica. Cuestiones que se muestran como serios obstáculos para aceptar unas formas vocacionales que son interpretadas, desde múltiples ángulos, como fuera de los tiempos y los espacios de la modernidad.

La institución eclesial, si quiere proponerse como mediación fundamental de encuentro con Dios y fuente de humanización, debería sacar de la sombra lo que a lo largo de la historia, junto a errores y pecados, puede presentar como balance positivo. Frente al vacío de la historia y de la vida, urge defender la imagen de la Iglesia como comunidad de recuerdo y actualización de "historias intempestivas de solidaridad" en favor de la dignidad de las personas.

▪ ***Personalización versus transmisión de un mero "envoltorio religioso"***

A menudo se han empeñado muchos esfuerzos en la consecución de adhesiones a elementos externos, pensando que por sí mismos garanti-

zaban la implantación y el crecimiento de una opción creyente. Con el tiempo, y así lo han expresado nuestros informantes, las prácticas o ritos se diluían sin más problema, pues carecían de un anclaje serio (personalización) y del suficiente significado para aquellos a quienes van dirigidos (desfase de valores). Es la fe, y no tanto la religiosidad, lo que mueve con carácter decisivo la voluntad y hace fermentar las opciones. Una nueva comprensión o acercamiento a la trasmisión, sin obviar las resistencias propias del tiempo, nos invita a repensar con seriedad lo que transmitimos, lo que debemos transmitir y cómo hacerlo. No podemos aferrarnos a las expresiones que en otro tiempo sirvieron a hombres y mujeres que vivieron sus propias influencias y determinaciones socio-culturales. Si la trasmisión es actualización, no podemos pretender que sin dicho ejercicio

de puesta al día la trasmisión que queremos llevar a cabo sea plausible.

▪ **Pluralismo
de accesos vocacionales**

Concluyendo. La realidad nos demuestra que jugamos en un campo marcado por la contingencia, sin margen para esencialismos ni fatalismos. A una pluralidad de vías de acceso vocacional le corresponde una pluralidad institucionalizada de formas e instrumentos para proceder a la decantación vocacional. Sería conveniente que la Iglesia previera esa diversidad de accesos y flexibilizara las estructuras institucionales respecto a la acogida, las experiencias, los procesos, los tiempos, los métodos, etcétera, teniendo en cuenta las transformaciones culturales y el modo de construir las identidades en las generaciones contemporáneas.